



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

CAPITULO XX LA CONSTITUCIÓN MEXICANA Y MI VIAJE A RUSIA

MI ESPOSA Y YO HEMOS viajado por casi todo el mundo. Conocemos los Estados Unidos, Canadá, todo el Continente Europeo, el norte de África, Asia Menor, la India, China hasta más allá de sus famosas murallas, Japón, las Islas Filipinas, las Islas Hawai, las zonas antípodas, Nueva Zelanda y Australia. Sin embargo, de América Latina solamente hemos visitado Cuba, Panamá y Guatemala. Habíamos dejado para lo último el viaje hacia nuestros países hermanos del sur; pero por causas imprevistas, de peso, no hemos podido realizarlo.

Cuando estuvimos radicados en Londres, durante poco más de un año contado de 1936 a 1937, se hablaba tanto de Rusia, de sus proezas en el orden materialista, de sus actividades políticas y administrativas, de su nueva Constitución, etcétera, que no pude resistir mis deseos de conocer de cerca y verificar personalmente lo que tanto propagaban en el exterior las autoridades soviéticas. Especialmente me interesaba conocer los sistemas que aplicaban en las labores y en el desarrollo de sus granjas colectivas y, naturalmente, ver cómo funcionaba su flamante Constitución Política, de la cual hacían tanto alarde. Me valí de nuestro Ministro en Londres,

señor licenciado Primo Villa Michel, para que me presentara con el entonces embajador de la URSS en Inglaterra, L. M. Maisky a quien le expuse mis deseos de visitar su país. Se arregló la cuestión de pasaportes para mí y para Alfonso Verdugo, quien me acompañó en el viaje como secretario. Al despedirme del señor Maisky me dijo textualmente:

—Le advierto a usted que encontrará en Rusia los cimientos bien sólidos del edificio de una organización política en marcha, con el marco y muros ya terminados, faltando solamente, para completar la obra, el techo, pinturas y últimos retoques.

En efecto, me encontré con una estructura política que, en mi concepto, prometía reafirmarse; pero no era lo que yo esperaba encontrar. No eran los lineamientos que habían trazado para ese edificio los marxistas Lenin y Trotsky, quienes habían planeado el verdadero comunismo (prédica que siempre he conceptualizado como utópica, mientras existan la vanidad y el egoísmo humano), la igualdad, libertad y justicia social, la distribución equitativa de la riqueza y que tuviera cada quien de acuerdo con sus necesidades. El edificio que se erigía era una mueca vil, una deformación grotesca del verdadero comunismo. Se repetía la esclavitud zarista del pueblo ruso, que se encubría en la prosperidad, la demagogia y la propaganda. Antes de la revolución, el zarismo trataba a sus siervos a base de látigo, privaciones y vejaciones; ahora el comunismo alimenta a su pueblo esclavo y lo cuida para explotarlo mejor; para sacarle mayor rendimiento a su trabajo. Stalin frustró o desvirtuó las doctrinas comunistas de Marx, Engels, Lenin y Trotsky, y a cambio de ellas implantó la cruel tiranía burocrática, —inexorable, que ahora existe. La URSS es ahora un Estado totalitario con doscientos millones de esclavos, que se cuentan entre hombres, mujeres y niños. Pueblo esclavo que utiliza el monopolio del Estado como maquinaria para producir; pero al que no se le concede ni siquiera el derecho de razonar.

Es inconcuso que con el usufructo arbitrario del trabajo colectivo de tantos millones de siervos, cuyo rendimiento no es ni remotamente compensado, con la explotación despiadada de esa descomunal colectividad humana, el Soviet ha alcanzado un grado superlativo en su desarrollo económico, industrial y científico, muy particularmente en las ciencias espaciales, nucleares y atómicas, y en la creación de armas de destrucción, con las que amenazan someter y esclavizar a la humanidad. Ya lo hubieran hecho, si no se les hubiera presentado la oposición de otras naciones de pueblos libres, preparados y poderosos.

Para que se tenga una idea del porqué de la prosperidad de la URSS inserto en estas memorias algunos de mis artículos publicados en México, en 1938, a mi regreso del viaje a Rusia; pero antes deseo decir que obra en mi poder un estudio bastante completo de mis investigaciones sobre la organización y administración de las granjas colectivas. Para lograrlo tuve informes directos y detallados de algunos directores de las mismas granjas que visité:

¿A dónde va la plusvalía?

El régimen Soviet, no es Soviet, sino autócrata; no es dictadura del proletariado, porque éste nada tiene que ver con la administración; no es democracia, ni socialismo, porque la crítica al Gobierno se castiga con la muerte o con el destierro a los campos de concentración de Siberia. Los comisarios del pueblo, no son comisarios del pueblo, sino de la autocracia, pues son designados por el tirano. Es un régimen que se puede calificar, siempre dentro de su autocracia, como un monopolio de Estado, manejado por una burocracia absolutista.

Monopolio que dispone de ciento setenta millones de vidas humanas, cuya energía y poder de trabajo utiliza para explo-

tar la sexta parte del globo terrestre, porción de la Tierra que contiene *W* mayores riquezas en recursos naturales del mundo, y de los que también dispone. Todas las actividades económicas de la URSS, están absorbidas por él finanzas, agricultura, minería, industrias pesada y liviana, transportes, comunicaciones, comercio grande y pequeño, y el rendimiento inmensurable de las industrias de exportación; en fin, todos los recursos productivos, menos el oro, están socializados en la URSS, o cuando menos, esa es la apariencia que se pretende darles, ya que en realidad pertenecen al monopolio de la autocracia.

Por una ironía que sólo se explica analizándola, se ha excluido de la socialización lo que parecía lógico hubiera sido su primera presa: el oro; pero esto, como todos los procedimientos del actual régimen Soviet, tiene una tramposa finalidad. Como la exportación de oro está prohibida en la Unión, y como tampoco están permitidas las transacciones de compraventa extrañas al monopolio, la posesión del metal precioso es inútil, y ahí funciona el ardid: los poseedores de oro se ven obligados a venderlo al Gobierno, y como él mismo fija el precio a su antojo y lo paga con papelitos impresos en diversos colores y con letras y números convencionales, este único y aparente privilegio, resulta engañoso para los millares de gambusinos y mineros que pasan el verano en los ricos placeres del centro de la Siberia, recolectando el metal amarillo; cuatro o seis meses de privaciones y trabajos, sólo sirven para trocar la preciosa carga por bilimbiques del monopolio. Este es uno de los medios, naturalmente muy cómodo, aunque no muy moral —supuesto el poco costo de la impresión de la moneda— de que se vale el Soviet para acumular grandes reservas de oro.

El monopolio crea un solo patrón, déspota, cruel y esclavista, que no concede el derecho de huelga, y ni siquiera

el de hacer peticiones, por justas que ellas sean, y que mantiene este orden rígido, con la amenaza de no dar de comer al que no trabaje; amo que se apodera sin miramientos ni consideraciones de una gran parte de la plusvalía del rendimiento productivo de los trabajadores, para destinarla en parte muy considerable a gastos superfluos, que en nada aprovechan al proletariado.

Como en los tiempos faraónicos y romanos, y para deslumbrar y embelesar a W masas ignorantes y abyectas, se ejecutan obras ostentosas, costosísimas, de exhibicionismo vanidoso, con pretensiones de equipararías con otras semejantes de países capitalistas, a los que tanto atacan y escarnecen, pero con intenciones de superarlas. La autocracia Soviet se jacta de las enormes sumas que emplea en esta clase de obras y, por ejemplo, en la actualidad se construye en la Plaza Roja de Moscú otra (porque hay muchas), “Casa del Soviet”, que servirá de pedestal a una colosal estatua de Lenin. Será esta la obra más alta que el hombre haya construido, con excepción, quizás de la fabulosa Torre de Babel: de mucho más elevación que la Torre Eiffel y que el Empire State Building, de Nueva York, costará al proletariado ruso ¡mil millones de rublos! y aseguran que se verá desde ochenta kilómetros a la redonda, por cualquier rumbo, en las proximidades de Moscú. Y como ésta, se ejecutan otras muchas sin valor o utilidad práctica para las masas: en todas las poblaciones se levantan fastuosas estatuas de Marx, Lenin y Stalin, y las estaciones del sistema de comunicaciones subterráneas recién construido en Moscú, son una verdadera ostentación de lujo y un derroche de mármol, que superan en elegancia y costo a las de Londres y Nueva York. Además, se erigen edificios rasca-cielos, estilo americano, para alojar a la burocracia.

Si a todos estos despilfarros que paga la plusvalía del proletariado, se añade el costo del sostenimiento de un ejército en

pie de guerra, con efectivos de un millón ochocientos mil hombres, y dieciocho millones más de reserva, a quienes cuesta equipar e instruir en el arte de la guerra; de siete mil aeroplanos de combate; de la policía de la dictadura política, compuesta de setecientos mil almas; del Partido Comunista, integrado con un millón setecientos mil hombres, y sobre todo, de la burocracia administrativa, que no baja ni un solo hombre de veinticinco millones, se verá porqué he afirmado que una gran parte de la plusvalía del poder del trabajo, la devora la burocracia de la tiranía soviética.

No es posible calcular, ni aproximadamente, lo que la burocracia absorbe de la plusvalía (porque ni ella misma lo sabe, o si lo sabe no lo dice), y tampoco es fácil saber la diferencia entre el costo de producción y lo que el mismo productor paga por los artículos elaborados. Tampoco sirve de guía la estadística, que resulta siempre muy abultada y confeccionada a gusto del Gobierno Soviet, que se ha distinguido en esta ciencia, y ha enseñado a los agentes de la Internacional Comunista, a utilizarla en su propaganda en otros países.

El Comisario de las Finanzas, A. G. Zveryov, en discurso de 11 de agosto de este año, informó al Supremo Consejo Soviet en Moscú, que el presupuesto de guerra para el corriente ejercicio, sería de 27,000.000,000 [veintisiete mil millones de rublos], cifra que parece fantástica, pero que es real, que sale de la plusvalía del trabajo del proletariado soviético, y que es siete veces mayor de lo gastado en educación y cultura física, en el mismo año.

¡Y esto es lo confesado oficialmente; pero sin duda el monto efectivo es mucho mayor! Además, deben cubrirse los gastos de la fuerza policiaca y del Partido Comunista, que absorben buena parte de los ingresos. Me he referido, por supuesto, a sólo dos o tres índices del costo de sostenimiento de la descomunal burocracia.

En la URSS, el trabajo es compensado solamente en una cuarta o quinta parte de lo que en justicia le corresponde. Podrían citarse infinidad de ejemplos en costos de artículos manufacturados y de primera necesidad, pero para no ser muy cansado, me limitaré a uno: el rublo tiene un poder adquisitivo de cinco centavos de dólar. Un obrero calificado, gana un promedio de doscientos rublos mensuales, y de ellos paga del nueve al once por ciento de renta de casa, además de cuotas sindicales, compra de bonos al Gobierno, etcétera.

Un zapatero gana siete rublos diarios (treinta y cinco centavos de dólar) y fabrica un par de zapatos en un día, que con la materia prima pagada por el monopolio, tendría un costo total de catorce rublos. Pues bien, ese mismo par de zapatos le cuesta al propio zapatero, que lo hizo por siete rublos y de doscientos a trescientos rublos en la “tienda de raya” (porque no son otra cosa), del monopolio. ¿A dónde va a parar la diferencia tan desproporcionado entre el costo de producción y el precio de venta? Nadie lo sabe; pero podemos decir con seguridad que no va a manos del obrero. Y aclaro que en el ejemplo, hablo de un par de zapatos corrientes, de muy inferior calidad y manufactura al hecho en México y que se vende al menudeo en diez o doce pesos, donde el zapatero gana un promedio de cinco pesos diarios.

Como resultado de la desmedida absorción que la burocracia hace del presupuesto general, el trabajador de la URSS vive todavía en un nivel muy inferior al standard de los demás países de Europa y varias veces más bajo que el de los Estados Unidos. Basta para demostrar lo mal que la tiranía soviética retribuye a sus siervos, hacer una comparación, eligiendo para ello dos países antípodas, como Australia y los Estados Unidos de América, y tomando como base datos oficiales:

El "URSS HAND-BOO", en 1934, da para los obreros industriales, un promedio anual de 1,902 rublos, que ya para 1937 habla aumentado un 20%, o sean 2,282, que, a cinco centavos de dólar resultan al año Dls. 114.10

Para Australia, el "YEAR-BOOK 1937", da un promedio anual para obreros industriales, de libras australianas £A 172, a Dls. 4.00, dan Dls. 688.00

Para los Estados Unidos, "BLTREAU OF STATISTICS", promedio para obreros industriales, que trabajaron total y parte del tiempo anual Dls. 1,307.28

Si nos basamos en estos datos, llegamos a la conclusión de que no habitan en el paraíso terrestre los cincuenta y dos pueblos o razas, con sus ciento cincuenta y un idiomas o dialectos, de que se compone la Unión Soviética y de que están siendo engañados y defraudados por la tiranía de Moscú.

La divinización de Stalin

Con métodos humillantes de opresión, dignos de los tiempos de la barbarie, y en los que toma buena parte la policía de la dictadura política (GPU), la URSS, está cometiendo el fundamental error de convertir en mecánica la joven mentalidad soviética, destruyéndole carácter, voluntad e iniciativa. Obediencia ciega y servilismo: ese es el dogma que propagan los servidores de la tiranía, con pedagogía interesada y personalista y con el firme y tenaz propósito de exaltar al supremo amo. Cada fábrica, cada taller, cada escuela, cada granja, tiene su

salón rojo o lugar que dedica para hacer los comentarios diarios por medio de impresos que se colocan en tableros, en las paredes y mesas, para que todos puedan verlos; pero esta costumbre creada con la noble finalidad de hacer crítica, de entablar discusiones provechosas, de hacer observaciones utilizables en sus propias actividades, de sugerir métodos de trabajo y organización más eficientes, etcétera, y hasta de discutir la cosa pública, ha sido desvirtuada en su fondo, ya que ahora, por la presión oficial, se dedica la mayor parte del tiempo disponible a repetir y a seguir la corriente de adulación y servilismo al régimen. Si surge algún valeroso sincero en la expresión de su pensamiento, y olvidándose de la disciplina establecida por la dictadura, hace la menor insinuación de desagrado o de crítica, desaparece de la escena. Todas estas estancias que al principio se dedicaron a enseñanzas y actividades fructíferas para los trabajadores, ahora se observan tapizadas de retratos de Marx, Lenin y Stalin, y de cartones impresos con frases dogmáticas, especialmente de Stalin, que los trabajadores y estudiantes aceptan consciente o inconscientemente, como axiomas sagrados. En la totalidad de las escuelas, hasta en las de párvulos, se ve por doquiera la propaganda con aforismos pedagógicos que los mentores de la niñez, carentes de conciencia o venales, inculcan a sus discípulos inclinándolos al servilismo ciego y a la glorificación y deificación del tirano, que se hace, también, autopropaganda por medio del cine, radio y megavoces colocados en las calles más transitadas de las principales poblaciones.

Lo que ha servido mucho a la dictadura para desarrollar su programa de deslumbramiento público, es su fenomenal producción de aeroplanos que ha constituido la más formidable y colosal aviación de la Tierra. Los vuelos espectaculares por encima del Polo Norte hasta América, y las festividades anuales de esplendente exhibicionismo aéreo, donde la juventud

entusiasta derrocha valor sembrando el cielo con sus cuerpos suspendidos de paracaídas, son hazañas que se traducen en heroicidad, espectáculos asombrosos que llegan al alma de las masas y las embelesan, como todos los hechos extravagantes que se envuelven en el peligro y el valor. Estas son las cosas que mantienen a las masas del Soviet en estado de avidez y admiración para el régimen que las oprime.

Nadie discute los relativos méritos científicos, de utilidad comercial y, sobre todo, de defensa nacional que la aviación significa para las potencias; pero la dictadura de Moscú la utiliza con magníficos resultados como arma de dos filos: uno, le sirve para cuidar de lo dicho; el otro, para deslumbrar y atemorizar a su pueblo esclavo.

La propaganda para la divinización del dictador, se antoja teatral al viajero. Dondequiera se ven enormes cartelones con su retrato, pegados a las paredes de los edificios, siguiendo el estilo llamativo de los que anuncian la llegada a las ciudades, de los grandes circos norteamericanos. En Moscú hay una cabeza de Stalin que cubre todo el lado de un edificio de veinte pisos, y que iluminan de noche con gas neón; y como ésta, pero de menos dimensiones, se pueden ver muchas en casi todas las ciudades. Está tan difundida y bien organizada la autopropaganda, que bien puede compararse con ventaja a la forma que el clero empleó para fanatizar a las razas aborígenes de nuestro país. Por todas partes se ven incrustados en las cuadras de las calles, estanquillos o puestos que se dedican exclusivamente a vender bustos, retratos, propaganda y literatura de Stalin, Marx y Lenin (por supuesto que todo lo que atañe a estos dos últimos, ha sido censurado antes), exactamente como los estanquillos o puestos de otros países donde se venden solamente imágenes y artículos religiosos. Han convertido en dogmática para la estructura oficial, la campaña de divinización. Todo hace suponer que las nuevas gene-

raciones del Soviet crecerán uncidas al carro del fanatismo que se les inculca, y que tirarán de él por tiempo indefinido.

En uno de los templos ortodoxos de Leningrado, existe un crucifijo, una valiosísima obra de arte, con la siguiente inscripción a sus pies: *Figura alegórico que jamás existió*. En cambio, en folletos de propaganda pro-turismo que distribuyen gratuitamente en las agencias foráneas de la “Inturist”, al referirse a Lenin, dicen: *El más grande de todos los hombres y de todos los tiempos*. Como se ve, pues, es muy clara la tendencia e intención de reemplazar al uno por el otro. Se me ocurrió preguntarle a la señora intérprete y guía que nos acompañó en la región de Rostov on Don, que si creía en Dios y me contestó textualmente:

—Eso es uno de tantos mitos de los pueblos ignorantes, que no han tenido la fortuna de tener un hombre como el Maestro Stalin...

A continuación se quedó pensando un momento para decir:

—No soy fanática, pero gustosa daría mi vida por él en caso necesario.

Ha obrado tan poderosamente la campana para orientar al pueblo y guiarlo por los rumbos que le ha trazado la dictadura, que ha llegado hasta el fanatismo y realmente se consideran habitantes del paraíso terrestre. Es indiscutible que la dictadura ha obtenido este brillante éxito, como resultado de la eficaz propaganda y del absoluto control que tiene en comunicaciones, muy especialmente con las noticias que vienen de fuera.

Hace poco se publicó información en la prensa de los Estados Unidos, en el sentido de que el Gobierno de Moscú había fijado una zona de varios kilómetros de ancho a lo largo de la frontera con los países europeos, que sería desocupada por todos los habitantes, dejando solamente una vigilancia estre-

cha de policía. Esto, o es demasiado egoísmo nacional no permitiendo que otros pueblos sepan de su “buen” sistema de Gobierno, o temor de que el proletariado soviético se entere de la falsedad de su dictador, al darse cuenta de la realidad por su contacto con el exterior.

Uno de tantos días fuimos a visitar las fastuosas estaciones subterráneas de Moscú. Nos acompañaba un guía e intérprete. Después de algunas explicaciones de las construcciones, que desde luego nos hizo notar habían sido dirigidas por un ingeniero soviético, nos señaló lleno de presuntuoso orgullo unas máquinas automáticas vendedoras de boletos para el tranvía, conocidas hace veinticinco años en el mundo burgués; pero él nos decía, con encantamiento y candidez de niño, al insertar las monedas y ver salir los boletos, que aquellas maravillas también eran productos del ingenio soviético. Como este episodio podrían enumerarse muchos. Viven en la creencia, incontrovertible para ellos, de que fuera del Soviet no hay nada que valga la pena ver, ni de saber, lo cual es el reflejo de la ignorancia en que están con respecto a las cosas del mundo exterior, debido al aislamiento impuesto por la dictadura.

Otra cosa que no tendría explicación en un país verdaderamente socialista o demócrata, es que en los famosos parques “culturales”, así como en todos los parques públicos por más insignificantes que sean, se cobra la entrada lo mismo a trabajadores que al público en general. La cuota es de treinta kopeks arriba, según la categoría del parque. Este hecho nos llamó la atención y se nos explicó que eran parques nuevos y necesitaban de fondos para su atención y expansión. A lo largo del río Volga y especialmente en las costas del mar Negro, se han establecido las casas para descanso, pero nos pudimos dar cuenta de que sólo la burocracia privilegiada, como los especialistas, técnicos, stakhanovistas, etcétera, o sea a la

casta superior de los obreros, le es posible disfrutar de ellas, porque los otros, las mayorías, la casta inferior de los trabajadores, así como los campesinos, los que ganan un promedio de cien a doscientos rublos (cinco a diez dólares) mensuales, no pueden hacer uso del privilegio de descansar, porque las famosas casas de descanso cuestan de quinientos a mil quinientos rublos mensuales y solamente la aristocracia de los trabajadores puede disponer de esas cantidades, ya que ganan tres, cinco y hasta diez veces más en algunos casos, que los otros. Aquéllos, los pobres, se quedan a descansar en los nueve metros cuadrados de la habitación que se le concede a cada uno, ¡por la módica renta del 9 al 11% de su sueldo mensual! La diferencia de castas o clases es más notable aun en los medios de transporte, así terrestres como fluviales. Los ferrocarriles tienen coches de lujo y vagones de inferior categoría; pero en los transportes fluviales, que forman el mayor y principal medio de comunicación en el Oeste de la URSS, es donde mejor se puede apreciar la diferencia de clases. Atravesando el mar Negro a bordo de uno de los barcos que hacen ese servicio presenciamos, en uno de tantos puertos que tocamos, un caso doloroso que jamás se nos olvidará. Subió a bordo una joven madre con un niño recién nacido. Era un día de mayo, casi para anochecer; la tarde había estado sombría, fría y lluviosa. Los pasajeros de segunda se amontonaban en los corredores de cubierta, buscando refugio y calor al lado de los tabiques que cubrían los camarotes de los de primera; pero los de tercera, a cuyo grupo pertenecía indudablemente aquella pobre madre, tenían que arreglárselas como pudieran, entre los malacates, escotillas y otros fierros propios de popa y proa en toda embarcación, completamente a la intemperie, todos mojados, temblando de frío. La joven madre lloraba y rogaba con sus facciones todavía demacradas a consecuencia del estado de convalecencia de su enfermedad, y mostraba a

su recién nacido. Seguramente pedía sólo que se le permitiera pasar la noche en cubierta; pero toda súplica resultó estéril, el empleado que la escuchaba sólo respondía mostrando su boleto de pasaje, y con frío, lluvia y obscuridad tuvo que ir aquella infeliz mujer, con su criatura en los brazos, a hacerles compañía a sus camaradas parias del régimen soviético.

No hay igualdad, ni equidad, ni justicia. Es un pueblo al que apenas se le da de comer y se le otorga educación interesada, como el dueño de un circo da de comer y educa a sus animales, para que representen bien su papel y sea más productiva su explotación.

Los recursos naturales

En los tiempos de su grandeza, el Imperio Ruso dormía en un lecho compuesto de una gran parte de las riquezas existentes en el mundo y que cubre una descomunal proporción de la tierra; pero este hecho fantástico pasaba inadvertido para aquella aristocracia zarista, engolfado en su continua holgazanería y consagrada a descansar plácidamente, rebosante de indolencia y apatía. Se conformaba insensatamente con vivir de los productos del trabajo inexperto y rudimentario de su pueblo esclavizado, al que extorsionaba y exprimía.

Tuvieron en sus manos el conjunto de recursos naturales más enorme y valioso; pero ofuscados con su ciego espíritu de grandeza, no supieron buscar la colaboración de las masas para desarrollar aquellas riquezas y hacer una distribución equitativa del producto entre las fuerzas colectivas. Rusia sería desde hace siglos la potencia más formidable de la Tierra, si aquellas castas opresoras hubieran previsto el porvenir.

El actual régimen dictatorial, a pesar de que adolece del imperdonable defecto de no retribuir el factor trabajo como humanamente corresponde dando a cada quien “según sus

necesidades”, ha demostrado evidentemente en los últimos años, la potencialidad vital y de abundantes recursos naturales de fácil extracción y explotación con que cuenta la Unión Soviética. Debido incuestionablemente, a estas innegables circunstancias, su desarrollo industrial ha sido el más asombroso que registra la Historia.

No sería posible, en un pequeño artículo, hacer mención de todas las riquezas conocidas y exploradas hasta ahora, pertenecientes a este colosal conjunto de razas; pero se enumerarán algunos de sus importantes recursos naturales.

Citaremos primero el oro. La industria aurífera está apenas en su infancia en la URSS. La mayor parte de las naciones que forman este conglomerado ignoraban que existiese el oro dentro de sus fronteras, y ha sido hasta en los últimos años que los rusos han dado providencias para buscarlo con tal fortuna, que ya en estos momentos tiene el Gobierno soviético más oro acumulado que los Estados Unidos y la seguridad de que para el año de 1945 tendrá en sus arcas más oro que todo el resto de las potencias en conjunto, ya que, repetimos, apenas está en su infancia el desarrollo de esta industria, no obstante lo cual ya ocupa el primer lugar en la producción mundial de oro.

La URSS tenía ya en 1935 el segundo lugar con respecto a los recursos carboníferos; estaban cubicadas 1.200,000 millones de toneladas métricas; pero sigue adelante con exploraciones intensivas, abrigándose la seguridad de que pronto probará que es la primera en reservas de este combustible.

Sus reservas petroleras son también importantísimas; se han encontrado yacimientos en todos los ámbitos y rincones de la enorme extensión territorial de la Unión Soviética, y siguen explorando en grande escala, encontrando nuevas reservas constantemente.

Luego tienen otra riqueza inmensurable en la turba. Cuentan con el 75% de los recursos totales del mundo, este combustible vegetal, que en muchos usos es preferible al carbón. Se hace especial mención de este renglón de su riqueza natural, por la importancia material de incalculable valor que representa para la Unión Soviética.

Siendo la turba un producto vegetal que se cultiva y reproduce, los dieciséis millones de hectáreas dedicadas a esta industria son fuente inagotable y eterna, mientras que los yacimientos y mantos petrolíferos y de carbón son extinguidos.

En caso necesario y si circunstancias imprevistas así lo exigieran, la Unión Soviética bien podría satisfacer la totalidad de sus necesidades de combustible para la producción de energía, con la turba, y disponer para su venta de toda la producción de petróleo y carbón.

El hierro es otro renglón de riqueza incalculable. Los depósitos de este metal, son sumamente extensos, Lo que hasta ahora se ha descubierto constituye nada menos que el 52% de las reservas mundiales. En el mismo orden podrían irse citando sus fabulosas riquezas en substancias minerales, como plata, cobre, plomo, selenio, cinc, cromo, aluminio, potasa, azufre, grafito, mica, magnesita, piedra pómez, etcétera, etcétera. En algunos de estos minerales, como en aluminio, platino y potasa, la URSS es la mayor productora del mundo. Además de todo esto, existen depósitos de distintas clases de piedras preciosas. Estos son sólo algunos de los recursos minerales y debemos hacer notar que los datos fueron obtenidos de la estadística de 1934 y hasta entonces solamente se había explorado —obsérvese— una décima parte de la superficie de la Unión Soviética!

La industria maderera también es la más importante del mundo. Cuentan con 913.040,000 hectáreas de bosques madereros, que representan aproximadamente el 30% de la totalidad de los recursos mundiales.

El régimen actual ha dado extraordinaria importancia y profusa publicidad, tanto interior como exterior, a sus proezas en el desarrollo de la industria, a la obra que consideran o pretenden considerar los directores como una hazaña o acontecimiento inconcebible y fuera del alcance de la imaginación y capacidad de los países donde aún existe la burguesía, a algo así como un milagro que el destino había reservado para divinizar a Stalin, a la transformación de la Humanidad en unos cuantos años. Desgraciadamente para él, el pueblo ruso cree en esta metamorfosis paradisiaco, como creían los pueblos fanatizados con aquellos misticismos de los tiempos medioevales y que las tiranías de entonces aprovechaban con perfección para explotarlos. Con la fanatización stalinista a base de engaños, la esclavitud del pueblo de la Unión Soviética también perdurará en provecho de sus opresores.

Nosotros no podemos aceptar ese desarrollo industrial como un acontecimiento maravilloso y mucho menos imposible. Nosotros, que tenemos algunas nociones en esa materia, nos admiramos de que no se haya hecho mucho más, porque tomamos en consideración las materias primas que tienen a la mano en abundancia y sin costarles nada; el factor trabajo, la mano de obra —que tampoco cuesta nada, ya que la pagan con papel impreso por el mismo patrón, por el monopolio—. Nos conformaríamos si el proletariado se beneficiara económica y socialmente, si se elevara su standard de vida; si se les retribuyera su trabajo equitativamente; pero nada de eso ha sucedido en la Unión

Ellos argumentan que el coeficiente de desarrollo industrial en determinado número de años ha sido varias veces mayor que el de otros países. En mi concepto éste no es un argumento convincente, porque vamos suponiendo que fuera posible poner a disposición de cualquier país europeo las riquezas tan fantásticas en materias primas con que la Natu-

raleza ha dotado a aquella superficie terrestre, y las explotara en la forma tan inhumana como lo ha hecho el Soviet, sin que el poder del trabajo le haya costado más que la impresión de los signos monetarios. ¿No estaría mucho mejor social y materialmente? ¿Qué habría hecho Italia, por ejemplo, con la vigésima parte de los recursos naturales de la Unión Soviética? ¿Qué el Japón? ¿No estaría veinte veces más adelantado cualquiera de estos países en veinte años que lleva el monopolio soviético de explotar a su pueblo y de alimentarlo con demagogia? Me parece que sí.

Lo que ahora es el Gobierno democrático parlamentario de Finlandia, país situado al extremo Noroeste de Rusia y que colinda por el Norte con los países escandinavos, era antes de la Guerra Mundial, una de las provincias más pobres y desoladas del Imperio Ruso, que vivía casi olvidada y abandonada, entre otras razones por la pobreza de sus habitantes y la escasez de recursos materiales. Con la independencia de la tiranía rusa, ha surgido una nación soberana, respetable y próspera. No tiene recursos, fuera de su pequeña industria maderera y algo de pesca; pero le ha bastado la libertad para engrandecerse. Es un pueblo feliz. El standard de vida de sus trabajadores es muy superior al de los trabajadores de su coloso vecino Soviet. Viniendo de Rusia se siente otro ambiente, se encuentra uno con gente libre y contenta, con ese desenfado propio del que se siente seguro, mucho mejor vestida, sin el sello de opresión, de desconfianza y de ignorancia que resalta en el ambiente de la URSS.

Finlandia ha pagado totalmente sus deudas de guerra y ha progresado social y materialmente mucho más que el Soviet, si la comparación se hace basándose en relación con la diferencia de recursos naturales de uno y de otro; pero sobre todo, el pequeño pueblo finlandés es libre y soberano, mientras que el pueblo de la URSS no sabe lo que significa la libertad.

La explotación de la tierra

La Naturaleza puso lo necesario en la Unión Soviética para que se convirtiera efectivamente en el paraíso terrestre. Las comisiones encargadas de búsquedas e investigaciones no salen de su asombro con tanta riqueza que encuentran y manifiestan no estar en posibilidad, hasta ahora, de predecir los vastísimos bienes que encierra la enorme extensión que compone el territorio de la Unión Soviética; pero consideran, basándose en datos muy razonables, que una vez concluida la búsqueda o exploración y hecho el inventario total, podrán anunciar que la URSS posee más riquezas que todo el Continente Americano o que el resto de la Tierra, y que en muchas materias superarán la producción mundial.

Ya hablamos en otro artículo, aunque someramente, de lo que llevan descubierto en riquezas minerales, así como de sus industrias madereras y de sus productos de exportación. Nos falta hacer mención de la abundancia de sus tierras agrícolas. En 1936 tenían ya en explotación las siguientes extensiones (cifras dadas en hectáreas):

Tierras arables	225.000,000
Tierras de pasto	241.000,000
Montes y arboledas	<u>736.500,000</u>
Total:	1,202.500,000

Y conste que en las cifras anteriores no quedan incluidas las zonas dedicadas a la industria maderera.

Solamente el área conocida como la región del subsuelo negro, que comprende la parte Sureste de la URSS europea y parte de territorio asiático, tiene una superficie aproximada de 108 millones de hectáreas de tierra negra, siendo considerada como el conjunto más extenso y rico del mundo en subs-

tancias orgánicas. En una de las granjas colectivas que visitamos, al margen del río Don, nos decía bromeando el presidente del consejo directivo, que era tanta la bondad del subsuelo de aquella zona, que tenía la seguridad de que si enterraba un zapato viejo brotaría un árbol que daría zapatos como frutos.

Como todo lo demás, la industria agrícola con todos sus medios de producción, está socializada casi en su totalidad o, mejor dicho, controlada por el monopolio del Estado. La organización agrícola se divide en granjas del Estado, granjas colectivas y estaciones de maquinaria y tractores.

Las granjas del Estado dependen directamente del monopolio; se fundaron para asegurar la producción necesaria a los trabajadores de la industria y ahora sólo queda parte de ellas, que son utilizadas a la vez como granjas de experimentación y organización agrícola, a donde las granjas colectivas mandan a sus miembros más adelantados para que se perfeccionen en la implantación de formas de trabajo, así como para mejorar sus actividades productivas. Relativamente, existen pocas granjas del Estado y hay la tendencia de eliminarlas hasta dejar únicamente las indispensables para su objeto.

Las granjas colectivas funcionan a base de un sistema de cooperativismo muy semejante al existente en los demás países; pero están obligadas a acatar las órdenes del monopolio estatal, tanto en relación a la cantidad y clase de producto que ha de cultivarse, cuanto a la calidad del trabajo desarrollable. No les está permitido el uso de tractores ni de ninguna otra maquinaria agrícola, aun cuando tengan la preparación técnica necesaria, con lo que se imposibilita su mejoría económica.

Los secretarios de los consejos directivos de estas granjas colectivas son nombrados indefectiblemente por el Partido Comunista al través del Departamento de Organización de Tierras, del monopolio de la dictadura. Para la distribución

de las utilidades anuales, se hace un cómputo de días trabajados o tareas y éstas son señaladas según las distintas categorías de trabajo, en asamblea general. Las diversas clases de trabajo que se desarrollan, son valorizadas teniendo en cuenta el conocimiento especial, su dificultad propia y su importancia, y se denominan convencionalmente “días de trabajo” (tareas), que cada socio devenga, y que sirven de base para la distribución de utilidades. No es medida de tiempo, sino de calidad y cantidad y de ahí que los dedicados a labores de mayor complicación y responsabilidad obtengan mejores rendimientos, en el mismo periodo, que los dedicados a tareas rudimentarias.

Las estaciones de maquinaria y tractores, también dependen directamente del monopolio de la dictadura. Estas se encargan de dar a las granjas colectivas todos los servicios de maquinaria y tractores requeridos por ellas, mediante el cobro de las siguientes cuotas:

Por trillar

Kgs. por hectárea

9%, sobre el total de rendimiento (granos).

Si la cosecha es de 300 a 500 kilogramos

por hectárea 10

Si la cosecha es de 501 a 700 kilogramos

por hectárea..... 55

Por trillar

Kgs. por hectárea

Si la cosecha es de 701 a 1,500 kilogramos

por hectárea..... 145

Por sembrar

Si la cosecha es de 300 a 500 kilogramos

por hectárea..... 2

Si la cosecha es de 501 a 700 kilogramos por hectárea	5
Si la cosecha es de 701 a 1,500 kilogramos por hectárea	24

Los impuestos al Gobierno, son como siguen: 3% pagadero en efectivo, sobre la totalidad de los rendimientos brutos obtenidos. Además, existe la obligación de vender al monopolio, al precio que éste fije, un promedio de 300 kilogramos del grano cosechado de cada hectárea de cultivo. Hay, también, otros descuentos: el 15% sobre el total de rendimientos, para construcción y conservación de edificios de la granja; el 2% sobre el total de rendimientos, para cultura; el 2% sobre total de rendimientos, para sueldos de los encargados de la dirección; el 8% sobre total de rendimientos, para sueldos de los encargados de las casas de cuna; el 2% sobre total de rendimientos para fondo de pensiones. Todos estos informes nos fueron proporcionados en una de las granjas del Gobierno, en la que también se nos dijo que el promedio que se alcanzó en aquella zona, en la cosecha en 1936, fue de 1,540 kilogramos de grano por hectárea.

Para calcular aproximadamente los gravámenes y gastos que afectan la producción de la granja colectiva, tomamos como base los informes arriba citados:

Corresponde a las estaciones de maquinaria y tractores, en una producción de 1,540 kilogramos por hectárea:

<i>Kgs. por hectárea</i>	
Por servicio de siembra.....	24
Por servicio de arado y arrastre.....	145
Por servicio de trilla (9%)	138.6
Por otra parte, impuesto del Gobierno, 3% pagadero en efectivo.....	46.2

Construcción, conservación de edificios, etcétera, 15%	231.0
Para cultura 2%	30.8
Sueldos de encargados casas de cuna, etcétera, 8%	123.2
Fondo de pensiones, 2%	30.8
Por entrega al Gobierno de 300 Kgs. por hectárea al precio oficial (aproximadamente el 50% de su valor), que representa una donación equivalente a	<u>150.0</u>
Suman los gastos y gravámenes	919.6

Kgs. por hectárea

La cantidad distribuida como utilidad neta es.....	<u>620.4</u>
Igual a la producción.....	1,540.0

Así pues, 919.6 kilogramos en una producción de 1,540 kilogramos, equivalen al 59.7%, que representa el importe de gastos y gravámenes, en tanto que lo distribuible entre los socios es el 40.3%.

Existen aún otros gastos más que, por dárseles el carácter de potestativos —tales como adquisición de bonos del Gobierno, contribución social “voluntaria”, etcétera— no es fácil precisar; pero como orientación podría servir el siguiente dato: una familia de siete miembros —tres trabajadores— pagó el año anterior:

Por concepto de seguro.....	20 rublos
Por contribución social “voluntaria”	18 “
Por bonos del Gobierno	<u>500 “</u>
Total	538 rublos

De esta cantidad corresponde pagar a cada trabajador, 179 rublos.

Según los datos proporcionados por el Presidente del consejo de la granja colectiva antes mencionada, sus miembros percibieron por cada día de trabajo, en 1936, lo siguiente:

- 2 rublos en efectivo (10 centavos de dólar);
- 2 kilogramos de maíz;
- 800 gramos de patatas;
- 2 kilogramos de legumbres;
- 2 kilogramos de zacate.

El promedio de días trabajados en estas granjas fluctúa entre doscientos y trescientos al año.

Debemos hacer notar que todos estos informes fueron obtenidos precisamente en la rica región del subsuelo negro y en lugares próximos a centros industriales muy poblados, donde se tiene mercado para todo lo que se produce en los alrededores, por cuyas razones es posible considerar las ventajas que estas granjas tienen en relación con otras empresas en su índole que, en términos generales, están situadas en comarcas menos favorecidas por la naturaleza y cuya lejanía de los centros de población hace menos económico el intercambio comercial.

Los sueldos de las granjas del Estado son:

	Rublos por mes	Dólares
Trabajadores	125	6.25
Obreros calificados	175 a 250	8.75 a 12.50
Tractoristas	250 a 400	2.50 a 20.00

El porcentaje de mujeres que trabajan tanto en las granjas del Estado como en las colectivas, es de 72% y éste habría aumentado si la dictadura no les hubiera concedido por medio

de una disposición especial, el derecho de poseer permanentemente de un cuarto de hectárea a una hectárea de terreno, como patrimonio familiar, según el número de miembros de familia, y también el de ser propietarios de una vaca, dos cerdos, dos cabras, gallinas, etcétera, etcétera, porque los hombres casi en su totalidad estaban emigrando a las ciudades en busca de trabajo más remunerativo que el que obtenían en las granjas.

Como se ve, tanto por los sueldos de las granjas del Gobierno como por lo que ganan los componentes de las granjas colectivas, los campesinos rusos están en las condiciones en que se hallan los nuestros antes de la Revolución, cuando los hacendados les daban un cuartillo de frijol, dos de maíz, dos varas de manta semanariamente, y les permitían sembrar algo en sus tierras, pagándoles de veinticinco a treinta y cinco centavos diarios. Los campesinos rusos siguen viviendo en chozas de lodo y estiércol y su vestimenta revela la pobreza en que se hallan.

El comunismo y la democracia

La estructura social de la URSS se reduce al Partido Comunista, órgano de política monopolizada, verdadera palanca que mueve al monopolio convertido en Estado y a su descomunal burocracia.

Ninguna otra tiranía o régimen dictatorial tiene una organización tan perfecta e implacable de robar el poder humano y explotarlo tan impunemente como el de Stalin. Después de las “purgas”, Stalin ha arrojado del Partido o “liquidado”, los últimos restos de los elementos que le estorbaban y que aún permanecían fieles a las doctrinas de Marx y Lenin. Al través del monopolio ejerce una absoluta hegemonía de amo y de ídolo, pues los actuales componentes de esa agrupación no son más que materia servil y abyecta.

Bajo la férula del Partido Comunista están el Congreso y el “Presidium” de la Unión Soviética. Es ignorado totalmente por la dictadura y desconocido por la mayoría de las masas, el hecho de que existe un Gobierno con régimen soviético (por supuesto que de soviético únicamente le queda el nombre), con un consejo central ejecutivo dizque nombrado por la representación del proletariado, a quien corresponde por la voluntad popular regir los destinos de la Unión. Sin embargo, M. I. Kalinin, Presidente del Consejo Central Ejecutivo de la URSS es solamente una figura decorativa que sirve para llenar la fórmula indispensable y para hacer posible la dictadura. Stalin es el eje central, absolutista y totalitario; concentra en sus garras el poder ilimitado del Partido Comunista, al cual ha formado con elementos afines para servirse mejor de él, con una minoría de privilegiados, flor y nata de lo incondicional y servil.

Según datos obtenidos en Moscú de personas bien documentadas, el número de miembros del Partido Comunista, después de las “purgas” a que lo ha sometido el dictador, se redujo a 1.700,000, o sea exactamente el 1% de los habitantes de la URSS. De éstos, 700,000 son judíos, a quienes atribuyen mis informantes todas las actividades administrativas, muy particularmente los planes de Gobierno y los ramos de finanzas e industrias, cosa que no es de extrañar ya que es mundialmente reconocida la habilidad de la raza israelita en estos aspectos.

En forma de censores, vigilantes, Presidentes de consejos locales, o simples representantes, el Partido Comunista tiene completamente controladas todas las actividades políticas, sociales y económicas de la Unión. Su poder omnimodo hace nugatoria la Constitución Política de la URSS hasta en sus conceptos más fundamentales, como el derecho de voto popular secreto, ya que sólo se ejerce éste a favor de candidatos

que de antemano han sido señalados por el propio Partido. Se otorga el derecho del voto secreto, según Stalin *porque hemos determinado dar al pueblo soviético completa libertad para votar por aquellos a quienes se desee elegir*, ¡Música celestial! Es éste otro de tantos sofismas mal intencionados de la dictadura; lo cierto es que hasta en las provincias más apartadas sólo pueden votar por los candidatos salidos del Křremlin.

Otro de los mitos de la nueva Constitución del Soviet es el que garantiza (?) a sus ciudadanos la libertad de prensa, de expresión, de reunirse en asambleas públicas y de efectuar manifestaciones populares. Todas estas prodigalidades de la nueva Carta Magna se ejercitan libremente; PERO siempre y cuando sean promovidas o iniciadas por elementos de la burocracia, con fines ya determinados o con el exclusivo propósito de adulación servil a la dictadura.

La infalibilidad del tirano y sus secuaces jamás es discutida ni puesta en tela de juicio; nada que no sean alabanzas es tolerado. Pobre de aquel que se atreva a emitir juicios calificativos o de crítica para el régimen. La GPU encuentra luego razones legales suficientes para enjuiciarlos y condenarlos por su osadía. Generalmente se les acusa de sabotaje o traición a la causa; el valor civil es castigado, pues, con la mayor severidad. Los que critican son “liquidados” o enviados a las prisiones de Siberia.

Dentro del marco del Partido Comunista, también figura la Internacional Comunista. Los nombramientos de sus líderes siempre recaen en camaradas incondicionales a Stalin, quien utiliza este organismo como instrumento de maldad, exclusivamente para su política exterior, que desarrolla por medio de sus agentes foráneos, quienes se mantienen prestos a obedecer la orden del mando de su jefe. Estos son los encargados de traicionar y de llevar a sus propios países la agitación, el desorden y la anarquía; están sujetos a un cartabón discipli-

nario, un programa de campaña o táctica que la Comintern les señala desde Moscú. No obstante, en la Unión Soviética, donde tiene su asiento oficial o matriz la Internacional Comunista, no se permite que ésta dé señales de vida; la tiranía stalinista paga y sostiene esta maquinaria de destrucción exterior, pero no tolera que siquiera sea conocida en su dominio interno. Propagar la descomposición, aniquilamiento y desintegración del resto de la humanidad, valiéndose de sus traidores agentes, es el objetivo fundamental de la tiranía comunista.

Decíamos antes, que el tiránico monopolio roba y explota al poder humano impunemente. Procuraremos fundamentar esta aseveración aun cuando sea a grandes rasgos.

Ya hemos manifestado que el rublo vale cinco centavos de dólar, según su poder adquisitivo, y tanto es así que el mismo Banco del monopolio soviético tiene establecido ese tipo de cambio para todas las representaciones o misiones de países extranjeros. Sin embargo, existe el tipo oficial y éste da un valor ficticio al rublo de unos veinte centavos de dólar, que es lo que cuesta a los turistas, al cambiar el dólar por rublos.

En artículo anterior está probado con datos estadísticos, haciendo una comparación con lo que en otros países es retribuído el trabajo de la misma índole, que el monopolio y la burocracia de la Unión Soviética substraen de los trabajadores las cuatro quintas partes, o sea ochenta centavos por cada peso, de la plusvalía del rendimiento de su trabajo. Hemos visto que a la mayoría de las masas de trabajadores de los talleres y de la ciudad, solamente les es compensado su trabajo con el miserable sueldo de 150 a 200 rublos mensuales que, según su poder adquisitivo de cinco centavos de dólar por rublo, representan Dls. 7.50 y Dls. 10.00. Hemos visto, igualmente, que en las granjas del Estado sólo se les paga a las masas campesinas un sueldo de 125 rublos mensuales o sea Dls. 6.25.

Ahora veremos la explotación tan inicua e infame que la tiranía soviética, por medio de su monopolio, comete con sus siervos, dando a conocer los precios que se les exige pagar por artículos de primera necesidad y otros. Para éstos fijaremos el tipo de cambio oficial:

(1 Rublo = Dls. 0.20)

	Rublos	Dólares
1 kilogramo de café	55	11.00
1 kilogramo de mantequilla	22	4.40
1 kilogramo de azúcar	4.1/2	0.90
1 kilogramo de queso	27	5.40
1 kilogramo de carne de cerdo	10	2.00
1 kilogramo de carne de res	12	2.40
1 docena de huevos	5	1.00
1 litro de leche	1.1/2	0.30
Otros artículos sacados de la lista al azar:		
1 bicicleta común y corriente	1,600 a 2,000	320 a 400
1 par de zapatos de vaqueta	200 a 300	40 a 60
1 vaca lechera (mediana)	1,600 a 2,000	320 a 400

La mayor parte de estos artículos que los proletarios de los demás países europeos consideran como estrictamente de primera necesidad, para la inmensa mayoría de los trabajadores de la URSS resultan de lujo o prohibitivos por su precio. Los sueldos miserables que devengan apenas les son suficientes para seguir viviendo con pan negro y verduras cocidas, especialmente repollo, como hace veinte años. El campesino sigue viviendo todavía en chozas hechas de lodo y estiércol, o casuchas de madera antihigiénicas, entre cerdos, gallinas y otros animales. Las castas inferiores de los obreros industriales también tienen mucho que desear en materia de viviendas y alojamientos. Lo mejor está reservado para las categorías

superiores de obreros, para la aristocracia del proletariado, los técnicos y especialistas, “stakhanovistas” y, sobre todo, la burocracia. Son estas nuevas clases superiores las que disfrutaban también de los artículos antes mencionados y de los de lujo; tienen automóviles y criados o servidores domésticos a quienes ellos llaman “trabajadores de hogar”. (¿No es esto la explotación del hombre por el hombre?), e igual sucede en las granjas colectivas donde, en la época de cosecha utilizan temporalmente individuos en calidad de peones.

La clase privilegiada últimamente citada, gana tres, cinco y hasta diez veces más que sus camaradas siervos menos afortunados. Esta sola aberración rompe con toda posibilidad de equilibrio, de justicia e igualdad. Este nuevo conglomerado social está formando la casta superior de la URSS.

La forma de retribuir a cada quien su trabajo por la cantidad y calidad, y no por el desarrollo de sus habilidades y sus facultades mentales o físicas le permiten, ha venido a variar radicalmente la doctrina fundamental del socialismo y comunismo. El stakhanovismo que no es otra cosa que el trabajo a destajo o tarea (que en otros países no aceptan los sindicatos obreros), es un sistema que se ideó para obligar a los trabajadores a dar un rendimiento mayor en su producción. Antes existían brigadas de choque que hacían campaña con ejemplos personales, con agitación y presión oficial; pero no les dio el resultado apetecido porque el sistema se hizo odioso e intolerable como todo lo que se pretende forzar. Ahora tales brigadas han sido reemplazadas por el stakhanovismo, al que la dictadura da impulso por medio de una intensa propaganda. Han convertido a Stakhanov ⁽⁵⁾ en uno de los más grandes

⁵ Stakhanov fue jefe de cuadrilla de las minas de carbón; propuso obtener una mayor producción si ésta era recompensada. Aceptado su plan, que no era otra cosa que el conocido trabajo a destajo, y en vista del buen éxito, se implantó su sistema como algo enteramente nuevo y se le designó con el nombre de “Stakhanovismo”.

héroes del Soviet y es con los obreros que han abrazado este movimiento con quienes se ha formado la nueva casa de trabajadores selectos, privilegiados y consentidos de la tiranía. Son estos los que ganan 3 y 5 veces más que la gran masa del proletariado.

Lógicamente, para poder ingresar a las filas del sector afortunado, estos hombres se esfuerzan más allá de su capacidad física y mental desplegando más energías que las naturales, en pesquisa de más rublos y mayores comodidades. Y aunque en sus primeros años de trabajo no sea aparente el desgaste extraordinario por su mayor esfuerzo, a la postre el resultado es tiempo que se resta a sus vidas explotadas por el monopolio.

El standard de vida del proletariado soviético no ha mejorado, no hay igualdad ni equidad. Cualquier obrero que se permita la libertad de expresar su crítica o protesta, es encarcelado.

La humanidad no ha sacado provecho alguno del experimento soviético. El comunismo ha fracasado: del comunismo y del socialismo sólo quedan en pie las teorías. El comunismo italiano se volvió fascista; el alemán, nazi; el español, destrucción y derramamiento de sangre de valientes e inocentes; el francés, algarabía y retroceso; el comunismo de Lenin y Trotsky se tornó en el más rotundo mentís a sus teorías y en el más descarado fracaso. La humanidad está herida y sangrante con tanto experimento de evolución social; la verdadera democracia será su salvación.

Debe aclararse que lo asentado proviene de observaciones hechas en 1937. Lógicamente, debido a sus enormes recursos y forma de explotarlos, sobre la base de la esclavitud de su pueblo, su potencialidad económica, industrial y científica, se ha desarrollado en gran medida. Sin embargo, en términos generales, prevalece hasta hoy, la misma situación en la administración pública, en los órdenes político y social de la vida rusa.

Lo que más me llamó la atención al visitar Rusia, fue el hecho de que su flamante Constitución Política, solamente había quedado escrita, como letra muerta, porque continuaba entronizada la tiranía propia de la dictadura totalitaria.

Allí más que nunca confirmé mi sentir, mi convicción, de que nuestra Constitución, la Constitución Mexicana, era la más avanzada del mundo, primero por sus postulados, y luego porque en México los destinos de la Patria se rigen por ella.

Nuestra Constitución se formuló de acuerdo con el verdadero sentir del pueblo, que ambicionaba libertad y democracia, junto con la protección de los derechos sociales.

Los hombres de la Revolución Mexicana sabían lo que querían para su Patria. Realizarlo costó muchos esfuerzos, sacrificios y el derramamiento de mucha sangre hermana; pero se logró lo más valioso para los mexicanos: la libertad y justicia social, que se plasmaron en nuestra Constitución de 1917.

Nuestra Revolución no merecía ese nombre si su intención y su resultado, no hubieran sido la transformación del régimen social, económico y político del país.

Sus hombres no titubearon en destruir la paz *porfiriana*, porque esta descansaba en la dictadura y en la servidumbre del pueblo. Es obvio que nada que se apoye en la esclavitud o en la obediencia pasiva, debe subsistir y ahora podemos ufanarnos que, desde 1929, es decir doce años después de que la Constitución entrara en vigor, hemos gozado de una paz institucional, en la que se reconocen y realizan los derechos del pueblo.

Ideológicamente nuestro movimiento social empezó por desbaratar una creencia que se hallaba firmemente arraigada en la sociedad: la del hombre indispensable o providencial a quien divinizaban. Al aniquilarse este prejuicio abrimos la certidumbre de que la aceptación del hombre insustituible

significa la ruina política de un pueblo y la destrucción de la conciencia ciudadana. Así nació espontáneamente el principio de la *no reelección* que el mismo Porfirio Díaz había proclamado años antes de que se perpetuara en el poder. La prolongación indefinida del mando es el mejor medio para establecer la dictadura y la Revolución no podía aceptarlo, porque luchaba por la libertad. Era indispensable la renovación periódica de los directores responsables del Gobierno y con ella se obtenía la ventaja adicional de educar al ciudadano en el ejercicio de la democracia. Cuando desempeñé el cargo del Presidente sustituto, tuve la oportunidad de reincorporar el principio de la no reelección en la Constitución. Gracias a él, el poder se ha venido renovando con buenos resultados. Como es natural cada vez que el poder se renueva aparecen distintos métodos y formas para aplicar los principios de la Revolución. Pero si hemos de juzgar la vida política del país en su conjunto, observamos que desde el triunfo de la Revolución ha existido una clara continuidad ideológica fundamental, a pesar de los matices distintos en los métodos, originados por el temperamento de los hombres que nos ha gobernado.

El segundo principio político que brotó, al iniciarse el movimiento revolucionario, fue el del *sufragio efectivo*. Debemos confesar que esta ambición, no se ha realizado en toda su integridad; pero es de esperarse que con el transcurso del tiempo y mediante la educación y la formación integral de la conciencia ciudadana, llegará a ser una realidad en el país. Lo cierto es que el pueblo de México está dividido en cuanto a los métodos de aplicación. Yo estoy seguro que la efectividad del sufragio nos conducirá por caminos de salvación.

Si la Revolución se hubiera limitado a la proclamación de estos postulados políticos, el movimiento social hubiera sido incompleto. Era necesario y apremiante intentar resolver también los problemas económicos del pueblo, cuyo miserable

estado había empujado la Revolución en lo que tenía de profundo y de importante. Surgió por sí mismo, el problema de la tierra. Se pensó entonces en formar la pequeña propiedad agrícola y en crear la institución del ejido para liberar a los campesinos y sacarlos del régimen de explotación y de esclavitud en que se encontraban. Era indispensable emanciparlos moral, social y económicamente. Con ello el país alcanzaría un gran beneficio y se realizaría un acto de justicia, porque los campesinos habían hecho la Revolución con las armas en la mano y exigían la solución de sus problemas.

La ignorancia de la generalidad de los hombres del campo impedía que ellos por sí mismos resolvieran su problema. Por esta razón fueron los ideólogos de la Revolución los encargados de estudiar y resolver esta cuestión que afectaba directamente a la economía del país. Pero los obreros se encontraban en distinta situación. Gozaban de mejor preparación, habían adquirido una incipiente conciencia de clase y una organización rudimentaria. Así fueron ellos los que plantearon sus problemas y propusieron soluciones concretas y prácticas. Estas se encuentran en las claras disposiciones del artículo 123, que permiten humanizar las condiciones de trabajo. El contenido de este artículo no está inspirado en teorías abstractas, sino en realidades concretas. Basta leer el precepto para convencerse de ello. Se establece la duración de la jornada máxima; del descanso obligatorio; el descanso prenatal y postnatal de las mujeres encinta; el salario mínimo; la obligación de proporcionar a los trabajadores habitaciones cómodas e higiénicas; la responsabilidad por los accidentes profesionales; el derecho de huelga; la obligación de someter las diferencias individuales derivadas del contrato de trabajo a la resolución de las juntas de conciliación y arbitraje, etcétera.

Así surgieron los derechos de clase y se combinaron armónicamente con los derechos del hombre. Nuestra Constitución ha sido, en este aspecto, ejemplo para el mundo y es por sí misma, un programa de Gobierno.